

Sutton, John: *Marshall's Tendencies. What can economists know?*.
The MIT Press, 2.000.

El sucinto libro de John Sutton ha sido ampliamente celebrado por destacados economistas tales como Robert M. Solow y Paul Milgrom, incluso revistas de información general como The Economist hacían una favorable reseña del mismo. Un notable historiador de la ciencia económica llegó a decir en una reciente reseña crítica del ensayo:

“A pesar de su brevedad está empaquetado con ideas que lo hacen una de las más importantes contribuciones a la literatura sobre metodología económica en los últimos años. Merece ser ampliamente leído. Es tentador decir que debería constituir lectura obligatoria para cualquiera embarcado en una carrera de económicas.”

(Robert E. Backhouse en el Journal of Economic Literature, Junio 2002, Volumen XL, número 2)

Sin embargo, una particular impresión general que puede extraerse también de su lectura es la de un libro meritorio, por la claridad y síntesis explicativa que logra en torno a un amplio rango de problemas metodológicos con los que se enfrenta la economía de fundamentos neoclásicos, pero que resulta algo decepcionante en cuanto orilla abordar de forma directa cuestiones nucleares del paradigma neoclásico puestas en tela de juicio, con mayor o menor radicalidad, por algunas de las más recientes tendencias teóricas en economía (neoinstitucionalismo, economía experimental y de la complejidad, economía de la información, etc.). A la luz de los halagos en reseñas y críticas, uno esperaba encontrar una defensa más vigorosa de los fundamentos marshallianos o, al menos, una sólida justificación de la necesidad de su pervivencia inquebrantable en la senda del desarrollo científico de la economía. Pero a lo que asistimos, que no es poco, es sobre todo a un repaso de las dificultades múltiples y escurridizas de ligar el paradigma marshalliano con la realidad observada a través de la construcción de modelos inspirados en el primero. Parece como si esas reiteradas dificultades nunca tuvieran que ver con las mismas raíces del modelo estándar, que suponen informados comportamientos maximizadores y convergencia hacia un equilibrio único. La estrategia consiste, entonces, en una especie de proceso de remiendo y parcheo: añadir nuevas relaciones supuestamente de rango secundario, pero cualitativamente significativas; relajar ciertos supuestos básicos e incluso prescindir de alguno de ellos (las reflexiones de Sutton sobre la racionalidad limitada y sobre las dificultades de trasladar la hipótesis de las expectativas racionales a los modelos macroeconómicos no dejan de ser a este respecto significativas); hacer competir modelos que compartan rasgos esenciales comunes en su ajuste a los datos empíricos; desistir de contrastar empíricamente la teoría con mayúsculas, para limitarnos a objetivos más intermedios y pragmáticos; etc. Sutton concluye con un llamamiento al eclecticismo y a la flexibilidad metodológicas, pero se saca la impresión de que lo hace de una forma excesivamente tibia. Reconoce la importancia de los saltos cualitativos en el desarrollo del pensamiento económico, pero no explora este ámbito, ni las constricciones a la innovación conceptual que un paradigma duro e incuestionable puede acarrear. Al final, incluso parece que dice poco a favor del modelo estándar y que los modelos que incluye para mostrar

modelos con un buen funcionamiento, aunque interesantes, carecen de la centralidad teórica para hacerlos representativos y apuntaladores del paradigma neoclásico.

Sutton desde un inicio intenta separar dos cuestiones básicas, que son en gran medida indisociables metodológicamente en el marco marshalliano: el supuesto de considerar a individuos y empresas agentes racionales maximizadores de funciones objetivo simples de utilidad o beneficio, y la práctica de construir modelos matemáticamente simples con el fin de representar situaciones complejas. Efectúa esta distinción para luego centrarse en el segundo aspecto, el de la problemática de si es posible encontrar modelos económicos que funcionen. Sutton procede, entonces, a desarrollar su ensayo, no exento de instantes de cierta brillantez, sobre el siguiente esquema de contenidos.

El paradigma estándar (Capítulo 1).

El punto de partida es la analogía de Marshall sobre las leyes que rigen las mareas. Las leyes económicas vendrían a ser como las leyes que controlan las mareas, darían cuenta de la influencia de los factores más relevantes, pero no de los secundarios que explicarían las diferencias residuales respecto a los datos observados. Es la idea de un modelo determinista.

La crítica de Edgeworth. Los precios no se determinan mecánicamente a partir de la intersección de las curvas de oferta y demanda, puesto que los agentes en cada lado del mercado disponen de diferentes posibilidades de estrategias, lo que conduce a que exista una cierta región donde los precios están indeterminados.

La crítica de Robbins al empiricismo de los analistas del ciclo de negocio de los años 1920. No cabría otorgar la consideración de leyes con rango de leyes de las ciencias naturales a resultados estadísticos sin justificación teórica, los cuales pueden verse alterados por el mero paso del tiempo. Los economistas, por el contrario, deben proceder a partir de asunciones que son obviamente verdad y verificables por introspección, o que obviamente suponen una razonable aproximación a la realidad. Según Robbins el trabajo empírico se reduciría a estimar aquellos parámetros cuyos valores no están especificados por la teoría.

La unificación teórica de Samuelson. Existe una misma estructura formal y elemental que es compartida por la mayor parte de los análisis realizados por los economistas. Consiste en una serie de relaciones económicas de equilibrio que desembocan en un único equilibrio, por lo cual todo impacto exógeno puede ser modelizado como un deslizamiento en los parámetros subyacentes del modelo.

La introducción por Trygve Haavelmo de distribuciones probabilísticas como vía de precisión metodológica. El procedimiento científico consiste en una ida y vuelta entre teorización y comprobación, el objetivo de la teoría es establecer restricciones al espacio de los resultados medibles, aunque las restricciones puedan admitir pequeñas y/o ocasionales excepciones. Entonces, los valores observados de las variables endógenas deben separarse en una “parte sistemática” y un “término de perturbación”. Para que la operación sea válida el modelo económico debe capturar la serie completa de factores que ejercen una significativa y sistemática influencia, de modo que todas las influencias restantes podrán

ser tratadas como un componente de ruido que obedece a alguna distribución específica de probabilidad. El modelo deberá, finalmente, conducir a un único equilibrio.

La crítica de Keynes y Hayek a Haavelmo. Ambos economistas expresaron sus dudas en cuanto a que el funcionamiento de la economía pueda expresarse en un modelo con la simplicidad que los economistas de la época tenían en mente, y ello debido a la dificultad de dejar decidir a los datos a la vista de las muchas influencias esporádicas posibles y de aquellas influencias difíciles de medir.

Algunos modelos que funcionan (Capítulo 2).

Aquí Sutton persigue mostrar que cuando el modelo subyacente está más o menos determinado a priori, los problemas antes apuntados, y que afectan al proceso de selección de un modelo operativo específico, se reducen considerablemente y los resultados obtenidos desde el punto de vista de la capacidad explicativa y predictiva pueden ser bastante espectaculares. Para ilustrarlo escoge dos casos de análisis económico que despliega con elegancia. Por un lado, el cálculo del precio de las opciones financieras, que desarrolla ligando el trabajo seminal de Bachelier con la moderna formulación de Black-Scholes. Por otro, el mecanismo de las subastas, donde arranca con un ejemplo concreto de subasta de derechos de exploración y perforación en yacimientos petrolíferos costeros, y lo generaliza después en un juego elemental de subasta.

Relajando el paradigma (Capítulo 3).

Una nueva analogía: la máquina termodinámica de Carnot. Carnot definió una máquina de vapor ideal con un cilindro y un pistón que se mueven a través de un ciclo de cuatro fases, de forma tal que estableció el límite de eficiencia operativa de todas las máquinas de vapor de una determinada clase.

Sutton pretende aquí demostrar que aún cuando resulte una difícil tarea el especificar un modelo económico completo, es posible superar este problema desarrollando una teoría que genere predicciones comprobables. No se trataría de establecer una alternativa al paradigma estándar, sino más bien de complementarlo. La ilustración de esta estrategia que trae a colación proviene del campo de la Organización Industrial, cuando desde esta perspectiva se afronta la cuestión de explicar y predecir los niveles de concentración empresarial en los distintos mercados. Sutton nos señala con precisión la superioridad de la aproximación de los límites (bounds approach) sobre los intentos más tempranos e inconsistentes de análisis a través de la regresión entre variables genéricas explicativas (gasto en publicidad, gasto en investigación y desarrollo o nivel de economías de escala) y medidas globales de concentración. Lo hace mediante un modelo de juegos en dos etapas, la primera tiene que ver con las decisiones irreversibles de entrar o no en el mercado, que conllevarían en el primer caso costes hundidos, y la segunda supone alguna forma de competencia en precios entre las empresas. En este contexto, es importante destacar que, si se introducen en el modelo productos diferenciados, entonces, al analizar la etapa de entrada en el juego nos encontramos con que los equilibrios múltiples son endémicos a los modelos que incorporan tal característica (firmas pequeñas producen en varias localizaciones geográficas, u ofrecen variedades distintas de productos, mientras que habrían otros equilibrios donde un gran

número de empresas producen en una misma localización). Una consecuencia de ello es que la relación entre tamaño de mercado y nivel de concentración adquiere la forma de un límite por abajo, existe el valor más bajo de la medida de concentración, pero esto no excluye otros equilibrios donde el nivel de concentración está por encima. Parece claro, pues, que no es apropiado continuar con la noción de “modelo verdadero” y que conviene, en cambio, trabajar en el ámbito menos restrictivo de una “clase de modelos”.

El enfoque del límite bajo de concentración puede enriquecerse situándolo en el ámbito más general de la estructura de mercado, para lo cual Sutton parte de la idea de “configuración de equilibrio”. Este equilibrio de Nash perfecto y de estrategia pura cumple dos propiedades:

- La de viabilidad: ninguna empresa tiene un catálogo de variedades de producto (o localizaciones) que genere una pérdida global.
- La de estabilidad: no hay hueco sobrante en el mercado o, lo que es lo mismo, no existe oportunidad de beneficio no explotada. En el sentido de que dadas las localizaciones de todos los productos introducidos por todas las empresas, no hay ningún conjunto de productos que pueda ser añadido por una nueva firma entrante y del que pueda obtenerse un estricto beneficio positivo.

Desde este punto de arranque Sutton analiza aquellas industrias donde el gasto en publicidad, o en investigación y desarrollo, pueda jugar un papel significativo bajo la óptica de reforzar el deseo de compra de un determinado producto. En estas particulares circunstancias se cumple el “teorema de la no convergencia”: a pesar de que el tamaño del mercado se incrementa, éste no se fracciona, no disminuye el nivel de concentración, a diferencia de lo que ocurriría si fueran otras las condiciones relativas al grado de diferenciación del producto.

Es interesante observar, nos dice Sutton, que en el proceso de este análisis se abandona de hecho la hipótesis de estricto comportamiento maximizador del beneficio. El motivo es que para juzgar sobre la base de los datos empíricos si un agente ha adoptado una decisión maximizadora, necesitamos conocer el “modelo verdadero” dentro del cual el agente está operando, cuestión ésta que por lo general no es posible. Lo más que podemos hacer es juzgar la conducta maximizadora con referencia a las acciones observadas, lo cual nos conduce a una forma distinta de racionalidad en el comportamiento de los agentes, la racionalidad limitada (bounded rationality).

Contrastando (Capítulo 4).

La óptica de la escuela empírica tiene el inconveniente de que las aparentes regularidades estadísticas pueden tener poca estabilidad a lo largo del tiempo o a través de diferentes mercados.

La vía inicial alternativa a la anterior postula unas pocas asunciones simples que puedan ser justificadas sobre una base apriorística por medio de la introspección. Esta óptica presenta

la dificultad de que dichas asunciones básicas pueden generar predicciones que no son comprobables.

Las asunciones básicas pueden ser aumentadas mediante asunciones secundarias que pretenden completar el modelo. Las predicciones del modelo serían entonces comprobadas a través de un proceso de selección de modelo o con un ejercicio de estimación de parámetros. Sin embargo, las dificultades que supone dejar decidir a los datos entre especificaciones alternativas son considerables. Pueden existir factores importantes cuya influencia no sea medible, estimable o controlable.

Hoy en día el trabajo empírico en economía no se preocupa de la comprobación teórica como tal. Este trabajo es investigativo en su naturaleza, trata de completar algún modelo con la visión de descubrir los mecanismos que producen los resultados en un particular conjunto de datos.

Cuando las predicciones fallan puede manifestarse la relevancia de factores que no hemos controlado. Habitualmente ello lleva al abandono de asunciones secundarias que hemos añadido para obtener un modelo completo de tipo estándar, conservándose, en consecuencia, las asunciones primarias o nucleares. Los diferentes investigadores sostienen diferentes prioridades con relación a estos elementos centrales de la teoría. Sutton ilustra esto a través de un recorrido por el desarrollo histórico de la teoría del consumo (Duesenberry, M. Friedman, Hall, Gilbert, Davidson, Sraba y Yeo).

Cuando las predicciones aciertan deben plantearse dos cuestiones cruciales: ¿hoy teorías alternativas competidoras y se han contrastado contra la nuestra? y ¿cuál es la efectividad de la herramienta estadística utilizada para discriminar entre teorías rivales?. A veces, la alternativa más interesante es un modelo de tipo más primitivo. Por lo general, no es plausible listar todos los modelos competidores, por lo que lo más útil es centrarnos en las predicciones de aquellos modelos que comparten una característica económica relevante, esto es, la aproximación de clase de modelos.

Pueden diferenciarse dos interpretaciones de paradigma estándar:

- La interpretación débil: el paradigma nos proporciona una técnica de diagnóstico que nos ayuda a descubrir mecanismos económicos sistemáticos que subyacen en los patrones que vemos en los datos. Deja abierta la cuestión de si existe un modelo completo.
- La interpretación fuerte: existe un verdadero modelo completo que puede constituirse en referencia general y que permite distinguir los efectos sistemáticos de los factores de ruido o residuales.

El pesimismo metodológico actual adopta, asimismo, dos visiones:

- La visión estética: debido a que los tests econométricos son problemáticos a la hora de decidir entre teorías rivales, el acento se coloca en el juicio propio en cuanto a los factores que son relevantes en una determinada situación, así como, en las

consideraciones apriorísticas para modelizar una situación en una dirección u otra. Esta visión finalmente deviene en un argumento de autoridad.

- La otra visión pesimista (que defiende Sutton): en muchas situaciones de interés hay una teoría razonable que satisface todas las condiciones que podemos requerir a priori, aunque coloca restricciones no triviales sobre los resultados. En tales situaciones el único contenido atractivo de la teoría reside en los valores paramétricos que podemos asociar a la misma a través de un ejercicio de selección de modelo.

Sutton concluye su ensayo:

“(...) los problemas identificados por los críticos tempranos del paradigma son sin duda serios y profundos, y no deberían ser dejados de lado. Si tomamos tales preocupaciones seriamente, adoptaremos una visión relajada y ecléctica respecto a los métodos de investigación (...). Por lo que se refiere a lo que aportó a la economía el nacimiento del paradigma estándar, cabe señalar una nueva insistencia en formular visiones rivales bajo la forma de teorías definidas con precisión que pudieran ser evaluadas con referencia a claros tests empíricos.”

Las Palmas de Gran Canaria a 30 de agosto de 2002.

Jacinto Brito González